

GEORGE  
STEINER

DIEZ (POSIBLES)  
RAZONES PARA LA TRISTEZA  
DEL PENSAMIENTO

A partir de unas palabras en las que Schelling insinúa, a la manera de los gnósticos, que la tristeza es el telón de fondo de la naturaleza en general y de la condición humana en particular, George Steiner desarrolla diez tesis acerca de la tristeza inherente a la condición pensante del ser humano. Como en los «ejercicios de sabiduría» de un Séneca o un Marco Aurelio, pero desde una perspectiva marcada por la neurofisiología y la física cuántica, el autor levanta ante el lector una batería de preguntas que delatan el carácter dramático del pensamiento humano. ¿Hay algo más allá del pensar que sería impensable? ¿Podemos vivir sin pensar en absoluto? ¿El pensamiento es infinito? ¿Cuáles son las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje, y entre el pensamiento y el yo? ¿Podemos realmente pensar el pensamiento? En la última de las Diez (posibles) razones Steiner aborda la cuestión de Dios. «Verosímilmente», dice, «el homo se hizo sapiens [...] cuando surgió la cuestión de Dios». En efecto, ¿no ha fascinado por igual a creyentes y a incrédulos la cuestión de Dios?

## Introducción

Schelling, *Über das Wesen der menschlichen Freiheit* (1809). [*Sobre la esencia de la libertad humana*]:

*Dies ist die allem endlichen Leben anklebende Traurigkeit, die aber nie zur Wirklichkeit kommt, sondern nur zur ewigen Freude der Überwindung dient. Daher der Schleier der Schwermut, der über die ganze Natur ausgebreitet ist, die tiefe unzerstörliche Melancholie alies Lebens.*

*Nur in der Persönlichkeit ist Leben; und alie Persönlichkeit ruht auf einem dunkeln Grunde, der allerdings auch Grund der Erkenntnis Sein muss.*

[Ésta es la tristeza que se adhiere a toda vida mortal, una tristeza que, sin embargo, nunca llega a la realidad, sino que sólo sirve a la perdurable alegría de la superación. De ahí el velo de la pesadumbre, el cual se extiende sobre la naturaleza entera, de ahí la profunda e indestructible melancolía de toda vida.

Sólo en la personalidad está la vida; y toda personalidad se apoya en un fundamento oscuro, que, no obstante, debe ser también el fundamento del conocimiento].

Schelling, entre otros, atribuye a la existencia humana una tristeza fundamental, ineludible. Más concretamente, esta tristeza proporciona el oscuro fundamento en el que se apoyan la conciencia y el conocimiento. Lo que es más, este fundamento sombrío debe ser la base de toda percepción, de todo proceso mental. El pensamiento es estrictamente inseparable de una «profunda e indestructible me-

lancolía». La cosmología actual ofrece una analogía con esta convicción de Schelling. Es la del «ruido de fondo», la de las inaprensibles pero inexorables longitudes de onda cósmicas que son las huellas del Big Bang, del nacimiento del Universo. En todo pensamiento, según Schelling, esta radiación y «materia oscura» primigenia contiene una tristeza, una pesadumbre (*Schwermut*) que es asimismo creativa. La existencia humana, la vida del intelecto, significa una experiencia de esta melancolía y la capacidad vital de sobreponerse a ella. Hemos sido creados, por así decirlo, «entristecidos». En esta idea está, casi indudablemente, el «ruido de fondo» de lo bíblico, de las relaciones causales entre la adquisición ilícita del conocimiento, de la discriminación analítica, y la expulsión de la especie humana de una felicidad inocente. Un velo de tristeza (*tristitia*) se extiende sobre el paso, por positivo que sea, del *homo* al *homo sapiens*. El pensamiento lleva dentro de sí un legado de culpa.

Las notas que siguen constituyen un intento, totalmente provisional, de comprender estas proposiciones; de aprehender cautamente algunas de sus implicaciones. Son necesariamente insuficientes a causa de la espiral por la cual toda tentativa de pensar en el pensamiento está a su vez enredada en el proceso del pensamiento, en su autorreferencia. El célebre «Pienso, luego existo» es, a fin de cuentas, una tautología indefinida. Nadie puede quedarse fuera de ella.

En realidad (*in Wirklichkeit*) no sabemos qué es «el pensamiento», en qué consiste «el pensar». Cuando tratamos de pensar en el pensamiento, el objeto de nuestra indagación se ve interiorizado y diseminado en el proceso. Es siempre algo inmediato y al mismo tiempo algo que está fuera de nuestro alcance. Ni siquiera en la lógica o el delirio de los sueños podemos situarnos en una perspectiva fuera del pensamiento, en un arquimedian punto de apoyo des-

de el cual circunscribir o sopesar su sustancia. Nada, ni las más profundas exploraciones de la epistemología o de la neurofisiología, nos han llevado más allá de la identificación del pensamiento con el ser, identificación que debemos a Parménides. Este axioma sigue siendo a la vez la fuente y el límite de la filosofía occidental.

Tenemos pruebas de que los procesos del pensamiento, de la creación conceptual de imágenes, persisten incluso durante el sueño. Algunos modos de pensamiento son totalmente resistentes a cualquier interrupción del tipo que sea, como lo es la respiración. Podemos contener el aliento durante breves espacios de tiempo. No está claro en modo alguno que podamos estar *sin pensamiento*. Los hay que se han esforzado por alcanzar ese estado. Algunos místicos, algunos adeptos a la meditación se han propuesto como objetivo el vacío, un estado de conciencia enteramente receptivo en tanto que vacío. Han aspirado a habitar la nada. Pero esa nada es en sí misma un concepto imbuido de paradoja filosófica y, cuando se alcanza por medio de meditación dirigida y ejercicios espirituales, como Loyola, emocionalmente pleno. San Juan de la Cruz describe la suspensión del pensamiento mundano como rebosante de la presencia de Dios. Una verdadera cesación del palpar del pensamiento, exactamente como la interrupción de nuestro palpar fisiológico, es la muerte. Durante un tiempo, el pelo y las uñas de una persona muerta siguen creciendo. Hasta donde podemos entender, no existe ninguna prolongación del pensamiento, por breve que sea. De aquí la sugerencia, en parte gnóstica, de que solamente Dios puede separarse de su propio pensamiento en una pausa esencial para el acto de la creación.

Volviendo a Schelling y a la aseveración de que una necesaria tristeza, un velo de melancolía, van unidos al proceso mismo del pensamiento, a la percepción cognitiva: ¿podemos intentar aclarar algunas de las razones para ello?

¿Tenemos derecho a preguntar por qué no ha de ser alegría el pensamiento humano?

## 1

Hasta donde sabemos, hasta donde podemos «pensar el pensamiento» —volveré sobre esta frase poco elegante—, el pensamiento es ilimitado. Podemos pensar en *algo*, acerca de *algo*. Lo que hay fuera o más allá del pensamiento es estrictamente *impensable*. Esta posibilidad, en sí misma una demarcación mental, está fuera de la existencia humana. No tenemos ninguna prueba en su favor en ninguno de los dos sentidos. Se mantiene como una categoría oculta de la conjetura religiosa o mística. Pero también puede figurar en las especulaciones científicas, cosmológicas, en la concesión de que una «teoría del todo» está fuera y más allá del entendimiento humano. Así, podemos pensar/decir: «Este problema, esta cuestión sobrepasa nuestras capacidades cerebrales, en la actualidad o para siempre». Pero dentro de estos límites mal definidos, siempre fluidos y tal vez contingentes, el pensamiento no tiene fin, no tiene ningún punto de parada orgánico ni formalmente prescriptivo. Puede suponer, imaginar, jugar con (no hay nada más serio y, en ciertos aspectos, enigmático que el juego) *algo* sin saber si es, si podría ser otra cosa distinta. El pensamiento puede imaginar una multiplicidad de universos con leyes científicas y parámetros totalmente diferentes de los nuestros. La ciencia-ficción genera semejantes «alternativas». Una conocida adivinanza lógica postula que nuestro universo tiene sólo un nanosegundo de antigüedad y que la suma de nuestros recuerdos es grabada en el córtex en el momento del nacimiento. El pensamiento puede teorizar que el tiempo tiene un comienzo o ninguno (se contiene un

despótico sofisma en la resolución según la cual no tiene sentido preguntar por el momento *antes* del Big Bang). Puede producir modelos de espacio-tiempo limitado o infinito, en contracción o en expansión. La categoría de las contrafactuales —de las que las oraciones condicionales, optativas y de subjuntivo son la descodificación gramatical— es inconmensurable. Podemos negar, transmutar, «desdecir» lo más obvio, lo más sólidamente establecido. La doctrina escolástica según la cual la sola y única limitación a la omnipotencia divina es la incapacidad de Dios para cambiar el pasado es poco convincente. Podemos fácilmente pensar y expresar ese cambio. La memoria humana hace ese truco cada día. Los experimentos mentales, de los cuales la poesía y la hipótesis científica son destacadas representantes, no conocen límites. Ese humilde monosñabo *let* [supongamos que] que precede a las conjeturas y demostraciones en la matemática pura, en la lógica formal, representa la licencia arbitraria y la ilimitación del pensamiento, del pensamiento que manipula los símbolos como el lenguaje manipula las palabras y la sintaxis.

El pensamiento humano reflexiona sobre nuestra propia existencia. Sospechamos, aunque no lo sabemos con certeza, que los animales no pueden hacerlo, aun cuando los primates comparten con nosotros alrededor del noventa por ciento del genoma. Podemos elaborar modelos e idear expresiones matemáticas para la «muerte por sobrecalentamiento» de nuestro universo en virtud de la termodinámica de la entropía. O, por el contrario, podemos presentar argumentos en favor de la vida eterna, de la resurrección — un pensamiento espantoso— o mecanismos cíclicos de «eterno retorno» (como en Nietzsche). No sólo innumerables hombres y mujeres corrientes, sino también los engendradores de religiones, metafísicos como Platón y algunos psicólogos como Jung han rechazado el axioma del final, del cero psíquico después del fallecimiento corporal. El pensamiento puede vagar libremente por toda la gama de



posibilidades. Puede, incluso antes de Pitágoras, apostar por las transmigraciones del alma humana. No hay, no puede haber prueba verificable ni de lo uno ni de lo otro.

La infinitud del pensamiento es un marcador fundamental, tal vez *el* marcador fundamental de la eminencia humana, de la *dignitas* de hombres y mujeres, como Pascal manifestó en palabras memorables («cañas pensantes»). Distingue lo que hay de señaladamente humano en el animal humano. Permite a los gramáticos de nuestra lengua expresar el recuerdo y el futuro, aunque sólo raras veces nos detenemos a captar la fragilidad lógica del futuro verbal. El pensamiento supone el dominio del hombre sobre la naturaleza y, dentro de ciertas restricciones como la debilidad y las dolencias mentales, sobre su propio ser. Apoya la radical libertad para suicidarse, para detener el pensamiento de forma voluntaria y en un momento libremente fijado. Así pues, ¿por qué esa inevitable tristeza?

La infinitud del pensamiento es también una «infinitud incompleta». Está sometida a una contradicción interna para la que no puede haber ninguna solución. Nunca sabremos hasta dónde llega el pensamiento en relación con el conjunto de la realidad. No sabemos si lo que parece indefinido no es, en realidad, ridículamente estrecho e irrelevante. ¿Quién puede decirnos si buena parte de nuestra racionalidad, de nuestro análisis y de nuestra organizada percepción no se compone de ficciones pueriles? ¿Durante cuánto tiempo, para cuántos millones de personas fue plana la Tierra? Somos capaces, desde luego, de examinar y formular «cuestiones primordiales». —¿Cómo surgió el cosmos? ¿Tiene sentido nuestra vida? ¿Existe Dios?—. Este impulso a la interrogación engendra la civilización humana, sus ciencias, sus artes, sus religiones. Pero no hay nada que identifique más íntimamente a Marx con la inocencia de la Ilustración que su afirmación de que la humanidad sólo se hace preguntas para las que no habrá respuesta. Lo contrario es lo que más se acerca a la verdad. Es «Pilatos burlón».

[1] En frentes absolutamente decisivos no llegamos a ninguna respuesta satisfactoria, mucho menos concluyente, por inspirado y coherente que sea el proceso de pensamiento, ya sea individual o colectivo, ya sea filosófico o científico. Esta contradicción interna (*aporia*), esta destinada ambigüedad, es inherente a todos los actos de pensamiento, a todas las conceptualizaciones e intuiciones. Escuchad atentamente el tumulto del pensamiento y oiréis, en su centro inviolado, duda y frustración.

Éste es un primer motivo para el *Schwermut*, para la pesadumbre.

## 2

El pensamiento no está bajo control. Aun durante el sueño y, verosímilmente, en los estados de inconsciencia la corriente fluye. Sólo muy raras veces lo controlamos. El latido del pensamiento parece múltiple y dispuesto en muchos estratos. Puede originarse en abismos somáticos y psicossomáticos mucho más allá del alcance de la introspección (el pensamiento puede brotar de un dolor o un placer profundamente soterrado). Es, muy posiblemente, un fenómeno prelingüístico, un ímpetu de energías psíquicas anterior a toda expresión ejecutiva. Pero, atrapados en la gran casaprisión del lenguaje, no llegamos a ninguna idea plausible, mucho menos «traducible», de cómo podría ser un pensamiento inexpresado e inexpresable (¿se acerca algo más el sordomudo?). Puede ser que la significación inexpresada de la música, tan evidentemente somática en algunos de sus componentes clave, nos proporcione una cierta analogía. Los niveles que la psicología profunda, como el psicoanálisis o la hipnosis, identifica como subconscientes, no digamos los inconscientes, son, en la medida en que afloran en palabras, imágenes, sueños o representaciones simbólicas, superficiales. Se quedan muy lejos de la corteza en la geofísica de la psique humana. E incluso en la superficie sólo hay un control intermitente.

En todos los momentos y en cada uno de ellos, los actos de pensamiento se ven sometidos a intrusión. Un grupo ilimitado de elementos exteriores e interiores interrumpirán, desviarán, alterarán, confundirán cualquier desarrollo lineal del pensamiento (el *moto spirituale* de Dante). La co-

riente es incesantemente enturbiada, represada y desviada. Algo que se ve o se oye de improviso, por marginal que sea, cualquier experiencia táctil, una pizca de cansancio o aburrimiento, el acicate de un deseo repentino condicionará una respuesta-pensamiento. La fenomenalidad sensorial (*Sinnlichkeit*), en su totalidad y confusión inconmensurables, puede dominar y redirigir el pensamiento en casi todos los momentos de nuestra vida (*it slipped my mind*, «escapó a mi memoria», «se me olvidó»). El sueño diurno, las falsas apreciaciones patológicas —estar *out of one's mind*, «fuera de la mente propia», loco, precisamente una proposición sin sentido— son meramente formas acentuadas, identificables, de unas discontinuidades perpetuas, de un empuje inherente. Soliloquios de pensamiento oculto o no deseado recorren sus anárquicos caminos por debajo del habla articulada, cognitivamente percibida. Aunque es posible que el artista creativo o visionario pueda en ocasiones sumergirse en estos profundos y turbulentos remolinos. Con gran diferencia, el mayor volumen de recuerdo y olvido se encuentra en los borrosos bordes del pensamiento deseado. Los vientos del pensamiento —un símil antiguo—, sus fuentes más allá de la recuperación, soplan a través de nosotros como por innumerables grietas. Kafka oyó «grandes vientos de debajo de la tierra».

¿Es en realidad posible «pensar en línea recta»? ¿Se puede hacer que el pensamiento sea como el láser? Sólo al precio de una concentración adiestrada y disciplinada y absteniéndose de toda distracción. Hay una serie de actividades que dependen de este estrechamiento y «tono único». El matemático, en su análisis y prueba, parece capaz de excluir y dejar fuera el mundo, a veces durante horas y horas. Lo mismo hacen el campeón de ajedrez ante el tablero o el lógico formal con sus lemas. En las fases cruciales, sentados a su mesa de trabajo, el relojero detrás de su cristal de aumento y el cirujano operando suspenden toda distracción. Fruncimos el ceño, el músico virtuoso cierra los

ojos. Los contemplativos, los maestros de meditación y sus acólitos atestiguan ratos, a veces sorprendentemente largos, de absoluta condensación, de un recogimiento de la psique tan excluyente de toda dispersión que permite una intención única y total. Puede que las partitas de Bach para instrumento solista traduzcan estas «singularidades», pero también lo hace la suspensión del aliento del tirador que espera para matar.

Estas purezas, estos impertérritos rayos de pensamiento son accesibles sólo a relativamente pocas personas, y su extensión normal es breve. Pueden tener lugar en las cumbres de la excelencia humana, como en lo que conocemos de los métodos de Spinoza, o a niveles triviales, como en las artes circenses de los acróbatas de la memoria, capaces de retener y repetir mecánicamente largas series de números o nombres al azar. Hay pruebas, aunque intermitentes, de que los poderes implícitos de suprema concentración pueden extinguirse a una edad bastante temprana. Las matemáticas puras de primer orden y la física teórica son prerrogativa de los jóvenes. Lo cual hacer pensar que los medios de generación que participan son, en algún aspecto vital, neurofisiológicos, incluso «musculares». Hay documentación, si bien con demasiada frecuencia anecdótica, que sugiere que las totalidades de concentración comportan no sólo agotamiento temporal sino también colapso mental a largo plazo (notablemente en campeones de ajedrez y en matemáticos puros o lógicos matemáticos). Los prodigios en mnemotécnica son raras veces maduros.

Esto permite plantear la hipótesis con arreglo a la cual el fluir involuntario y polimorfo del pensamiento común es una salvaguarda. Actúa como una conservación de reservas mentales en lo que puede ser virtualmente una esfera neurológica. Nos permite responder más o menos adecuadamente a las demandas y estímulos espontáneos, a menudo informes, de lo cotidiano. Los arrebatos de concentración en el pensamiento no desviado, la obligatoriedad de cen-

trarse de manera absoluta, pueden conllevar un riesgo de posterior agotamiento o daño mental. Hay monomanía en ciertas intensidades del pensamiento (los láseres pueden quemar). Es, no obstante, una monomanía sin la cual muchas cimas y logros del entendimiento humano no serían viables. Arquímedes no desistió de su análisis de las secciones cónicas, aunque semejante concentración fue la causa de su muerte. La gran mayoría de las veces, sin embargo, el pensamiento ordinario es una empresa chapucera y de aficionados.

Una segunda causa de *unzerstörliche Melancholie* (de «melancolía indestructible»).

### 3

El pensar nos hace presentes a nosotros mismos. Las sensaciones físicas, notablemente el dolor, son instrumentales. Pero pensar en nosotros mismos es el componente principal de la identidad personal. No me puedo imaginar no ser, excepto en un juego fantaseado, meramente verbal. La suspensión del pensamiento, aun en los casos en los que interviene la locura, es simultáneamente, tautológicamente, la suspensión del ego.

Nadie ni nada puede, de manera verificable, penetrar mis pensamientos. Hacer que otro ser humano «lea» los pensamientos de uno no es más que una figura retórica. Puedo ocultar por completo mis pensamientos. Puedo disfrazar y falsificar su expresión externa lo mismo que puedo hacerlo con mi lenguaje gestual o corporal. Las plañideras contratadas claman de dolor sobre los restos de unos clientes a los que no conocen. Ni siquiera la tortura puede arrancarme más allá de toda duda mis pensamientos más íntimos. Ningún otro ser humano puede pensar mis pensamientos por mí. Ésta es la razón determinante, la clave ontológica por la que ningún otro hombre ni mujer puede «morir en mi lugar» en ningún sentido literal. Nadie que no sea yo puede asumir mi muerte. Yo puedo morir con el otro, pero nunca «en lugar de» el otro, por inalienable que sea nuestro vínculo, nuestro parentesco. El ciego, el sordomudo, la inmovilizada víctima de la parálisis o de la enfermedad neuromotriz pueden albergar, formalizar o exponer pensamientos que llegan al borde de nuestro universo. Los pensamientos son nuestra única posesión segura. Compo-